

Globalización y Cooperación Económica

Javier Divar

Universidad de Deusto

Aparte de algún efecto beneficioso colateral, como el pretendido mestizaje cultural, la oferta de productos antes exóticos, ocasiones de empleo deslocalizado y el engañoso control mundial de la polución, la globalización económica no es otra cosa, en realidad, que la universalidad del capitalismo. El capitalismo rampante enseñoreado del mundo, sometiéndolo a su poder económico omnímodo y reduciéndolo a un uniforme bazar.

No se ha globalizado la cultura, ni la participación económica, ni los derechos humanos,... sólo se ha globalizado el Mercado. Los mercaderes se han adueñado de la Tierra, extendiendo sus «altos valores»: codicia lucrativista e ilimitada competitividad.

Superando la fase de la internacionalización económica, ahora todo es mundial (el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, los Convenios Económicos Mundiales). Y como siempre se han preguntado las gentes: ¿en qué manos está el Mundo? Ahora la respuesta se hace evidente: en manos de mercaderes y prestamistas, que como es sabido, todo lo valoran por las cuentas de resultados. El llamado «pensamiento único» en sentido literal. Reduccionismo intelectual hasta la simplicidad más básica.

La globalización capitalista implica el cenit de la internacionalización del sistema, que al fin llega a su estación final (el «fin de la Historia»), con una multinacionalidad empresarial, traficando en un mercado único mundial, en el que los controles públicos se diluyen o se enfrentan a intereses de bloques (es decir, pierden fuerza por estar divididos). En cambio, las sociedades mercantiles multinacionales están en todos los bloques. Por decirlo en términos nacionalistas, no tienen patria (o como dijo un presidente de la Nestlé, «nuestra patria es la Nestlé»). Por ello la volatilidad de sus domicilios sociales y la deslocali-



zación de sus centros productivos. Son aves migratorias (y además, rapaces).

Así vamos caminando hacia la autarquía económica, en una «hoja de ruta» que nos conduce a un neofeudalismo, donde los siervos (hoy se les llama consumidores) son todos los pobladores del planeta con alguna capacidad económica. Los nuevos señores son los poderosos grupos de accionistas que forman los «núcleos duros» de las grandes multinacionales, siendo servidos (su milicia) por élites técnicas de gestores y asesores de negocios que tienen como divisa el no reflexionar sobre la utilidad social de sus agobiantes y cardiopáticos trabajos (como gráficamente destacaba de sus virtudes un importante consejero, «poco de aquí», y se señalaba la boca, «nada de aquí», y se señalaba la cabeza, «mucho de acá», y se señalaba la mano, derecha por supuesto).

Todo ello va lógicamente (si somos consecuentes) acompañado de la falta de participación de los trabajadores en las Empresas, así como de la subordinación absoluta de una legión de pequeños empresarios (concesionarios franquiciados, distribuidores, agentes, licenciarios, comisionistas, representantes, ...)

Por ello también el Cooperativismo y su cultura sinérgica, la Economía Social, promotores de la participación en la empresa (la llamada Democracia Económica) y la solidaridad económica (en la misma base de la cooperación), están marginados de la cultura económica contemporánea, puesto que no participan de los «valores» del sistema, es decir, están fuera del mismo, en puridad.

La acción política, fragmentada y subordinada al poder económico (que además domina los medios de masas, en una «democracia televisada»), no puede en absoluto controlar a las grandes compañías multinacionales, a las que, en cambio, se las agasaja con todo tipo de favores para que vengan al territorio correspondiente, o no se vayan.

Los ciudadanos, reducidos a la condición de consumidores, gozan compulsivamente en la adquisición de productos, a menudo superfluos, incentivados por un crédito bancario esclavizante, siendo entretenidos por las frivolidades extraculturales de los famosos de la sociedad mediática, cuyos méritos pertenecen al arcano de la hermenéutica.

En el entretanto, un sistema que produce bienes de consumo y servicios como nunca se han visto, que mueve miles de millones en un tráfico financiero elefantiásico, que disfruta en los países ricos de unos



productos interiores cuyos numerales son incluso difíciles de transcribir contablemente, ha dejado fuera de todo disfrute a más de la mitad de los seres humanos, contándose por millones los que cada año mueren de hambre, entre ellos más de seis millones de menores de cinco años, un niño cada tres segundos, en cifras que van en aumento (Informe FAO, de 2005).

Si no vamos a unirnos en el esfuerzo por la solidaridad económica internacional, en fomentar la Economía Social y sustituir los valores materialistas por otros de economía cooperativa, entonces tendremos ante nosotros un mundo cada vez más dividido entre una minoría opulenta y unas mayorías míseras y abandonadas (carnaza para la distante caridad). Seguiremos avanzando en un orden económico que controla dominicalmente la tecnología aplicada, que mercantiliza la vida y la cultura, del que no participan ni sus propios trabajadores.

El resultado de todo ello sólo podrá ser una sociedad durmiente, obnubilada por el consumismo y la inculturización constante, cuyas desatenciones e injusticias, también globales, sólo pueden producir fragmentación y violencia. Un mundo como ya es evidente. Pero como sentencia el dicho popular, «no hay mayor ciego que el que no quiere ver».

